

Pagaba cada año doce fanegas de trigo y cuidaba la tierra como si fuera suya.

Apenas era de día se marchaba á ella acompañado de su mujer; y mientras él con la azada preparaba la tierra que se proponía sembrar, la mujer se entretenía arrancando las malas hierbas y recogiendo las piedras aunque fueran tan pequeñas como una avellana.

No había tierra mejor cuidada en la comarca.

Aquellos *bancales* estaban limpios, como una taza de plata; y aquella tierra parecía que había sido pasada por tamiz.

En el invierno, sembraba Clemente la mitad de ella con trigo, para pagar la renta; y la otra mitad la dividía en parcelas y sembraba hortalizas y legumbres.

En el verano la sembraba toda de maíz, y cogía pan para todo el año.

No había en éste un día de fiesta, en que, vestidos de limpio, después de oír la Misa mayor, no vinieran á mi casa; primero el matrimonio solo; después trayendo á sus pequeños hijos, y más adelante viniendo éstos también casados.

Allí se sentaban en la cocina con los criados, hasta la hora del medio día, aprovechando el momento en que salían mi padre ó mi madre con mis hermanas que iban á Misa, para hablar con ellos.

No olvido nunca la satisfacción que revelaban sus semblantes, cuando traían un pequeño cenacho con cuatro ó seis pimientos muy hermosos, ó tres ó cuatro tomates que mirarlos daba encanto, ó unas cuantas patatas que por lo gordas, redondas y limpias llamaban la atención.

Aquello no lo daban á los criados, ni permitían verlo, hasta que lo hubieran entregado *en propia mano á su ama*, á mi buena madre.

Aquellas eran las primicias de sus frutos, que ellos pagaban á su señora por disposición de la ley del afecto.

Ella correspondía también á tales muestras de cariño.

¡Cuánto gozaba aquel matrimonio cuando mis hermanas salían á entregarle alguna chuchería para el hijo pequeño de Isabel!

Sobre todo, ¡cómo lloraban de alegría cuando mi buena madre les daba algunos pantalones viejos de mis hermanos para que Isabel arreglara unos pantalones nuevos para alguno de sus hijos!

¡Qué feliz era aquel matrimonio, y con qué poca cosa gozaba!

—Nostramo—decía Clemente, lleno de entusiasmo, un día á mi padre, el Señor nos bendice: este año hemos cogido dos arrobas de patatas más que el año pasado.